



DOSSIER

# JOSEFINA ZAMORA: EXTRAVÍO EN LA MAGIA

DANIEL MARÍA

Cuando en 1994 Josefina Zamora publica su único libro de cuentos *La mirada infinita*, la narrativa canaria, que descansaba ya el vendaval de los setenta y el supuesto sosiego silencioso de los ochenta, no supo acoger, en la medida de su merecimiento, a este título esencial de la cuentística canaria. Ciertamente que la irrupción de nuestra autora no es la habitual en los escenarios literarios: la aparición de una escritora de setenta y cuatro años cuya existencia en el ámbito cultural era discreta y a quien se identificaba sobre todo como *la esposa* de un referente intelectual de las Islas y Premio Canarias de Literatura, el crítico, poeta y traductor Ventura Doreste.

La eclosión editorial que por entonces apoyaba decididamente el Gobierno de Canarias y que originó diversas colecciones de arte, historia y literatura, agregaba ahora el libro de cuentos de una autora que, como ocurría ya con otros escritores publicados en este periodo, bien podría significar un brote limitado, flor de un día, en el vasto territorio de la literatura canaria. Si alguien leyó el libro y lo valoró satisfactoriamente ninguna referencia escrita al respecto hemos localizado, pero esta es una circunstancia muy frecuente en el anquilosado panorama crítico de Canarias. El libro, como tantos otros, desapareció entre la multitud de novedades y pasado el tiempo se ha convertido en un título difícil de conseguir, aunque algunos catálogos digitales de librerías de viejo oferten ejemplares rezagados.

Josefina Zamora había publicado en 1980 su pormenorizado *Estudio sobre La Aurora. Semanario de Literatura y de Artes (1847-1848)* y en la solapa del libro descubrimos algunos datos sobre la autora. Nacida en Alicante, arriba en Canarias debido a circunstancias familiares cuando era una niña. Cursa las carreras de Magisterio y Periodismo y colabora en diversos medios y revistas:

*El Museo Canario, El Eco de Canarias, El Noticiero del Lunes, La Provincia y El Día.* Nos interesa especialmente el final de la nota biográfica: *En la actualidad prepara un libro de cuentos.*

Pese al anuncio de su actividad creadora en 1980, lo que tampoco se sabía de Zamora es que constituía una escritora de fondo que llevaba años entregada a la creación de cuentos y cuya obra inédita, abrumadora y significativa, se había fraguado y macerado en un prolongado silencio creativo, aunque a lo largo de su vida había colaborado con diversos medios, sobre todo con artículos, y había dado a conocer, como hemos visto, un estudio humanístico. Con todo, el tiempo transcurrido la había forjado como lectora, una insaciable lectora que labraba una obra narrativa cimentada en los mejores hallazgos de la cuentística universal. De este modo alcanzó un pulso de oficio que es evidente en sus entregas literarias, dotadas de un esmerado conocimiento de la carpintería narrativa del género breve, impregnadas de un estilo heterogéneo donde destaca, por su reincidencia textual, en una preferencia por el misterio, lo inverosímil, lo mágico, lo sobrenatural, lo terrorífico.

Cuando Zamora se enfrentó a la selección de cuentos que formarían el libro a publicar, llevó a cabo una concienzuda recopilación que permitiera apreciar al lector las múltiples andaduras de fondo y forma, pero también prestó atención a situar los cuentos en un orden que mantuviera alerta la avidez del lector y le diera ocasión de apreciar cómo los resortes de su cuentística fueron evolucionando o se adaptaban a diferentes temas, personajes o escenarios. Así, podemos aventurarnos con una clasificación que nos sirva para plantear cuáles eran las temáticas preferentes de la autora. Por un lado, destacan los cuentos protagonizados por mujeres (la mayoría de los compilados), los protagonizados por niños y, también, por artistas de diversas disciplinas. El continente más destacable es la casa, pues se convierte este escenario en el principal espacio donde tienen lugar los cuentos más sobresalientes. Mujeres, niños, casas, historias de amor y de amistad.

Un total de treinta y seis cuentos donde late una preocupación cardinal: el paso del tiempo. El tiempo que imposibilita o que permite la ejecución de un deseo, de una pasión, de una aventura. El tiempo que se vuelve distinto, futurista, inteligible. El ser humano en el centro del tiempo anda por los cuentos en busca de una brújula de realidad que calme su extrañeza; es el extravío en la magia del que nos habla en el prólogo del libro.

Este pórtico declaratorio nos sirve para entender el momento en que Zamora decide dar a conocer por fin su tan anhelado libro de cuentos. Se define

como una autora desconocida cuyos textos “han dormido tiempo y tiempos en carpetas, ya hoy de tapas de color desvaído, nunca releídos”. No creemos que se trate de una errata aquello de “tiempo y tiempos”. Como decíamos, el tiempo atraviesa los cuentos hasta condicionar el alma del libro. El tiempo que pasa es uno, pero este a su vez convierte en tiempos las experiencias que lo recorren, de tal modo que no somos los mismos en cada momento y es posible acabar siendo otro al final del tiempo total. No obstante, Zamora también advierte que algunos cuentos “son más recientes, los hay de ahora y otros permanecen anclados en mi espíritu sin saber por qué”.

Es importante lo siguiente: “Declaro que no recuerdo día de mi vida en el que no haya existido un cuento narrado, leído, recordado, escrito o inventado sobre la marcha”. La vida escribiendo, inventando, uniendo placas de recuerdos con bisagras de memoria, y en ese caudal de imágenes, palabras y vivencias Zamora cultivando con esmero su pequeño bosque alucinado.

Nos encontramos sin duda ante una escritora de cuentos en lo esencial. Ningún otro género de ficción le ha abrumado el sueño, pues hasta donde sabemos Zamora es únicamente cuentista, lo que la convierte en un espécimen sin parangón en la extensa nómina de escritores canarios. Zamora continúa reflexionando sobre la narrativa breve: “Existen los cuentos que nacen alrededor de una palabra oída por primera vez, los engendrados por una noticia, los apadrinados por el asombro, los que surgen de la necesidad de expresar el amor, el odio, el abandono, la soledad, los que se escriben para crear o romper el silencio y los que se cuentan sin más, que son como el respirar”. De todo lo dicho, qué provechoso para nuestra lectura saber que algunos cuentos nacieron “para crear o romper el silencio”, porque es este el escenario de muchas de las narraciones. Un silencio que envuelve a personajes situados en un mundo que les queda estrecho o que les impone una distancia de mutismo entre su epicentro y el calor más cercano.

Para finalizar, Zamora nos regala la más bella declaración de su prólogo: “Escribir un cuento es como estar extraviada en la magia e intentar salir, creo que aún los cuentos de desesperanza se encuentran en las veredas de la magia”. Desde ese extravío leemos.

Como dijimos más arriba, los treinta y seis cuentos de *La mirada infinita* podrían prestarse a una primera clasificación: los protagonizados por mujeres, los protagonizados por niños y los protagonizados por artistas. Aunque, desde otra mirada, por suerte siempre infinita, podemos considerar los cuentos de terror o sobrenaturales y los cuentos sucedidos en casas (donde se integrarían

narraciones pertenecientes a clasificaciones ya planteadas). De igual modo podríamos establecer los cuentos que tratan específicamente sobre la maternidad, pero aún así sobreviven cuatro narraciones de especial naturaleza: *Los Ataulfos*, *El tranvía*, *La mujer de mis sueños* y *Mistress Jeekyll se explica*.

Los cuentos protagonizados por niños ocupan ocho títulos. Precisamente, el primero del libro, *La mirada infinita*, actúa como pórtico de un sentimiento de inquietud y desasosiego muy latente en todo el libro. Los niños de Zamora son seres en pro de una identidad, como es natural en el estadio de la existencia que ocupan, pero plantean también su modo de entender el mundo. Esto ocurre en *La mirada infinita*, en *El viaje* o en *Seiscientas veinticinco líneas* (este último invita a recordar un capítulo de *Historias para no dormir: El televisor*). Como hemos declarado ya, es crucial en esta entrega cuentística el ingrediente inverosímil, terrorífico, que atraviesa gran parte de las narraciones. Protagonizados por niños destacan especialmente *El muñeco* y *La niña de azúcar*. Hay en estos cuentos una apreciable impregnación de las leyendas de miedo que todos conocemos y han rescatado en sus íntimas versiones los hermanos Grimm o el propio Andersen.

Por otra parte, los cuentos protagonizados por mujeres suman veinte títulos. Presentan una heterogénea paleta de personajes y tratan temas como la maternidad, la amistad, el amor, la soledad. *Silencio: se rueda*, uno de los cuentos más extensos del libro, hace un especial seguimiento del silencio que se cierne sobre una pareja que va perdiendo la pasión, la ternura, el cariño, la amistad... Un progresivo descenso hacia la soledad. *Los espejos* sitúa a su protagonista frente al desmoronamiento de su aspecto hasta llevarla a plantearse qué ven los demás en ella y qué ve ella en sí misma. Una metáfora del paso del tiempo, pero también de la condena-belleza de la mujer. *Marina* nos cuenta la relación entre la sirvienta de una importante casa y su amo viudo. Un eco de *Rebeca* nos llega pronto al oído, aunque el trayecto de Zamora en este cuento tome un rumbo diferente. En su habitual gusto por las tramas inverosímiles, aquellas que hacen dudar al lector sobre la naturaleza de los personajes leídos, de las vivencias experimentadas, Zamora relata *El portazo* y pone en el epicentro del aturdimiento a una madre y a su hijo.

Hay tres cuentos protagonizados por artistas: *Las manos del director de orquesta* (ya el título nos ofrece la profesión del protagonista), *La burona* (donde encontraremos a una modista) y *Los brazos de Irene*. Me detengo en este último porque en él la presencia del circo se hará notabilísima en la segunda parte de la narración y porque es, sin duda, uno de los cuentos más inquietantes de cuantos reúne Zamora en su libro. Irene será gradualmente mutilada por su esposo,

cirujano de profesión, en el desarrollo de un aprecio inconmensurable por la belleza que alcanza, a medida que son cercenadas sus extremidades, una obsesión que se sirve de los brazos aprisionadores de Irene y de su voz de miel para mantener vivo el deseo. Aquí la ley del deseo es la entrega de ella y la obcecación de él y este pulso macabro de la historia alcanza el punto más álgido del derroche imaginativo de su autora en la latente experimentación de la inverosimilitud, lo terrorífico, lo inquietante del amor cuando es imposible de controlar, cuando origina una absoluta dominación sobre el amante y cuando se convierte en un arte en cuanto a bello y en una obsesión en cuanto a arte.

Hablábamos más arriba de cuatro cuentos de especial naturaleza y nos vamos a servir de una cita de *La mujer de mis sueños*, uno de estos cuatro textos, porque nos parece que la propia Zamora, desde su lado de la escritura, nos advirtiera de los momentos de azoramiento en los que personajes, lectores y autora podemos encontrarnos: *De antemano confieso que todo es tan confuso, tan doloroso, que ya no sé quién de los dos está verdaderamente loco, por mi parte hago un esfuerzo para poder explicar, rasgar, el mundo de las sombras*. Esto mismo ocurre en *El tranvía*, donde la desaparición de este medio de transporte sume en el desconcierto a toda una población, pues nunca sabremos adónde ha ido el tranvía, adónde quienes lo ocupaban, y solo nos queda la boca del túnel, oscura, tenebrosa, a la espera de que nos introduzcamos en ella. *Los Ataulfos* contiene un toque policiaco en la trama turbadora de estos objetos que están presentes en la historia familiar del protagonista. Este desconoce el origen de los ataulfos, situados en lo alto de una estantería, solo recuerda que su abuelo le explicó cómo se llamaban y aunque la confesión a la que asistimos, junto al comisario que la escucha, nos une en su incompreensión, a los frascos que contienen los ataulfos: una serie de crímenes, desconocidos para nosotros, rodean a estos seres/objetos. Una adaptación cinematográfica de este cuento nos situaría en un ambiente similar al de la serie televisiva *Twin Peaks*.

No obstante, el escenario idóneo de estas historias es la casa. Al menos ocho cuentos están marcados por la casa donde transcurren sus tramas o bien las casas donde crecieron los personajes condicionan su propia naturaleza. De todos los cuentos, sobresale especialmente *La casa cerrada*. Es imposible no pensar en el célebre cuento de Maupassant *¿Quién sabe?* cuando leemos *La casa cerrada*. En este último, como en el primero, la casa acoge a quien desea, pero también expulsa de su seno a quien se le antoja; y fuera de sus muros el personaje se convierte en un no-ser o en un ser incompleto que ha perdido sus facultades de origen, pero que mantiene en su pensamiento una imborrable relación con

la casa que condiciona su futuro. Para terminar, Zamora nos entrega un juego metaliterario: las confidencias de Mistress Jekyll desde la primera ausencia de su marido, a partir de la cual un misterioso ser, míster Hyde, acudía a la hora del té con su espantosa maleficencia.

En la mayoría de las ocasiones hemos establecido correspondencias cinematográficas a la hora de establecer puntos de apoyo narrativos en la obra de Josefina Zamora y es que los cuentos de nuestra autora son muy visuales y en ellos prevalecen los esmerados pasajes anímicos frente a la verborrea del diálogo. Como ocurre con las grandes piezas cinematográficas de terror, por otro lado inspiradas en los grandes maestros literarios (Poe, Hoffmann, Lovecraft, James, Stevenson, Stoker, Shelley...), el corazón del miedo radica en lo que se siente y no en lo que se ve, por eso la música cuenta en el cine más que las palabras; y en la literatura de terror cuenta más lo que se siente que lo que se describe.

Cuando Josefina Zamora publicó *La mirada infinita* colaboró activamente en su difusión. Presentó el libro en Tenerife y Gran Canaria, acudió a institutos para mantener encuentro con lectores de sus cuentos e incluso publicó en *Diario de Las Palmas* tanto el cuento homónimo (el 17 de mayo de 1994) como el prólogo (el 18 de febrero de 1995). Siempre hay quien se preocupa por rastrear las novedades o las publicaciones que son de su interés, y gracias a ello, Ángeles Encinar incluyó el libro de Josefina Zamora cuando inventarió y estudió los cuentos de autoría femenina en España a finales del siglo xx en su artículo de largo aliento *Cuentos escritos por mujeres: crónica aproximada de una época* (1999).

Se podría pensar que Josefina Zamora llegó tarde. Todo apuntaba a que nunca llegaría y, sin embargo, contamos con *La mirada infinita* para honor de nuestras letras. Urge hoy lanzar este aviso monográfico, silbar fuerte para que atiendan aquellos a los que les preocupa e interesa la calidad literaria de cuanto se publica en las Islas. Es frecuente, dijimos ya, que muchas obras interesantes queden sepultadas bajo decenas de títulos sobrantes, que poco o nada contribuyen. Así, esta joyita de mirada infinita permanece desconocida para el gran público. Esto, no por sabido, deja de ser tan inquietante como los brazos de Irene, la desaparición del tranvía, el origen de los ataulfos o el insomnio de Mistress Jekyll.